

“Campo de Herrera: historia en el surco del cañaveral. Investigación, extensión agropecuaria y organización rural (1966-1975)”. Trabajo para ser presentado en el Programa de Estudios Saberes de Estado y Elites Estatales del IDES, julio de 2014. **NO CITAR**

Campo de Herrera: historia en el surco del cañaveral. Investigación, extensión agropecuaria y organización rural (1966-1975).

Cecilia Gárgano (CONICET-UNSAM)

Resumen:

En 1966, durante la dictadura encabezada por el general Juan Carlos Onganía, fueron cerrados trece ingenios azucareros en la provincia de Tucumán, en el noroeste argentino. Uno de ellos, el ex ingenio “Bella Vista”, se transformó en la Cooperativa de Trabajadores Unidos Campo de Herrera, la primera experiencia de una cooperativa agropecuaria del país. La historia de su surgimiento y trayectoria, en la localidad de Famaillá, tuvo como actor fundamental al Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el primer organismo dedicado a la investigación y extensión rural de toda América Latina. El INTA recomendó que las tierras, en lugar de ser divididas y otorgadas como indemnización a los trabajadores del ingenio, fueran explotadas colectivamente. Un antropólogo y un equipo de técnicos protagonizaron el capítulo siguiente, cuando en pleno estallido político y social en la década de 1970 integraron un equipo que construyó un lazo fundamental en la vida de la cooperativa. Este trabajo analiza la trayectoria de esta experiencia, desde su surgimiento hasta el desmantelamiento del equipo, a partir de documentos institucionales, materiales de investigación y entrevistas a técnicos y extensionistas del INTA.

Palabras clave: Campo de Herrera- INTA- investigación- extensión rural

## **Campo de Herrera: historia en el surco del cañaveral. Investigación, extensión agropecuaria y auto organización rural (1966-1975).**

### **Introducción**

En 1966, en plena crisis de la industria azucarera, la dictadura al mando del general Juan Carlos Onganía dictaminó la intervención y el cierre de once ingenios en la provincia de Tucumán, en el noroeste argentino. Al cierre sobrevino la protesta social y el éxodo de más de 200.000 habitantes, en su mayoría obreros y campesinos, que poblaron los cinturones de las grandes urbes (Pucci, 2007). Uno de estos ingenios, el ingenio Bella Vista, se transformaría a través de la intervención del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), pieza clave del complejo científico-tecnológico argentino, en la primera cooperativa agropecuaria del país.

Ubicada aún hoy a escasos metros de la estación experimental del INTA en Famaillá, la Cooperativa de Trabajadores Unidos Campo de Herrera continúa funcionando. Su vinculación con el INTA no es, sin embargo, igual a la que se planteó en un inicio, ni a la ensayada en la década de 1970. El peso de esta experiencia tuvo, dentro y fuera de la institución, un impacto profundo y asimétrico. El reconocimiento de organismos internacionales a la labor del INTA, los lazos establecidos con las familias del ingenio, el desmantelamiento y persecución de equipos de trabajo durante la década de 1970, y el lugar que dentro del imaginario asociado a la historia del INTA posee dentro de su comunidad institucional, son parte de esta trayectoria.

Este trabajo se propone reconstruir esta experiencia, a la luz de dos problemáticas, presentes como hilo conductor en diversas indagaciones previas: a) articulaciones entre la dinámica socio-económica y política nacional y contenidos de extensión e investigación rural; b) el estudio de un ciclo represivo de larga duración y su impacto en ámbitos estatales de investigación. Enmarcado en una investigación más amplia, centrada en el estudio del INTA entre 1973 y 1983, en esta oportunidad se analiza un caso dentro del caso de estudio. Se busca reconstruir y analizar estrategias de contacto con población rural ensayadas por el INTA en los años previos al golpe militar, y el rol que pasa a ocupar la extensión rural con la intervención del organismo en 1976. La hipótesis que guía la indagación es que existieron estrategias de extensión rural en disputa al interior del INTA, que constituyeron una alternativa al enfoque tradicional dominante, y cuya trayectoria se vio directamente afectada por i) la escalada represiva presente en el país desde principios de la década de 1970; ii) limitaciones

inherentes al ámbito estatal en el que fueron gestadas y, iii) transformaciones socio-económicas y productivas que registró el espacio rural.

## **I. Historia reciente de una experiencia de investigación y extensión rural**

### **I.I. Los comienzos**

Luego de un álgido conflicto protagonizado por 350 obreros de campo despedidos, la Compañía Azucarera Bellavista S. A., propietaria de uno de los ingenios cerrados en la provincia de Tucumán en 1966, cedió 2.000 hectáreas al gobierno provincial como parte de pago de una deuda empresarial con el fisco, y en respuesta a meses de salario adeudados. El Ministerio de Bienestar de la Nación solicitó entonces el asesoramiento del INTA. Más específicamente, se le consultó cómo debían ser explotadas las tierras. El Instituto ya conocía al ingenio, ubicado a escasos metros de su estación experimental regional Famaillá. Durante 1967, un equipo del Centro Regional del Noroeste del INTA preparó un informe centrado en analizar tanto el aspecto técnico-agronómico, como las condiciones socio-económicas existentes. El INTA fue contundente: la parcelación generaría un minifundio agravado, que empeoraría las condiciones de vida y de trabajo. De ser divididas, las dos mil hectáreas ofrecidas a los 350 cañeros sólo permitirían la conformación de minifundios, situación que era alertada negativamente. La recomendación del INTA fue explotar la propiedad en una sola unidad sin parcelar, bajo un sistema cooperativo. La Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA), donde estaban sindicados los obreros despedidos, apoyó la propuesta del INTA y colaboró en los trámites iniciales (West, 1989). En 1967 se constituyó formalmente la cooperativa y un año después recibió la personería jurídica.

Frente a la profunda crisis social que atravesaba la provincia, con niveles inéditos de desempleo y migración, la posibilidad de sostener la fuente de ingresos y la autonomía que permitía la nueva organización representó para los ex trabajadores del ingenio una situación que contrastaba con la vivida por la mayoría de los cañeros tucumanos. En plena crisis azucarera marcada por la sobreproducción y la caída del precio del azúcar, el cierre de los ingenios y la prohibición de cultivar caña de azúcar afectaba a más de diez mil familias minifundistas (Pucci, 2007). A contramano de la tendencia general, donde los pocos ingenios supervivientes habían cesado de contratar personal permanente, y en un marco nacional signado por la dictadura en ciernes, la

cooperativa comenzaría a crecer. Para 1970 la población total residente en tierras de la cooperativa era de 935 habitantes, 509 hombres y 426 mujeres (Vessuri, 1977).

Por entonces, la práctica de la extensión rural en el INTA oscilaba entre la asistencia educacional y la mirada asistencialista. La extensión había tomado con la creación del INTA en 1956 una dimensión nueva. Si bien incorporando enfoques y estructuras preexistentes, la creación del instituto había implicado un alcance inédito hasta el momento. A través de la diseminación de una red de Agencias de Extensión Rural a lo largo del país que posibilitaron la ampliación de la cobertura territorial, fue concretándose la idea de “llevar el Ministerio al campo”. Por otra parte, por primera vez, la práctica de la extensión era concebida en unidad con la investigación agropecuaria. La definición de estos dos pilares de acción (investigación y extensión) bajo un mismo marco institucional fue lo que distinguió al INTA de sus pares. Si bien esta articulación no iba a ser sencilla, ni linealmente traducida del modelo organizacional inicial a la práctica, el planteo en sí mismo resultaba una novedad y otorgaba nuevos recursos a la tarea.

El contacto con la población rural se incrementó a través de los extensionistas, que habrían de tejer distintas vinculaciones con las comunidades locales. Sobre la base del sistema de extensión estadounidense, los nuevos modelos institucionales partieron de considerar la disponibilidad de la tecnología a nivel internacional para su adaptación y difusión a América Latina. Junto a la asistencia técnica, el financiamiento emanado de organismos internacionales fue de gran peso en esta etapa. En un marco signado por la Alianza para el Progreso y la “amenaza” de la reproducción de la experiencia cubana (1959), en Argentina la impulsión de las actividades de contacto con la población rural compartió con otras experiencias regionales una filosofía, que combinaba una mirada del campo (y sus habitantes) como el *locus* del atraso, con una búsqueda de impulsarlos como “agentes económicos racionales” (Gárgano, 2014).

Las tareas del INTA en Famaillá, con nueva cooperativa, se abocaron inicialmente a prestar asesoramiento en la recuperación de tierras de potreros y montes, eliminar cañaverales improductivos, proveer de energía eléctrica a la zona y brindar capacitaciones periódicas para tractoristas y mantenimiento de maquinaria a los trabajadores. Junto al asesoramiento técnico, comenzó a configurarse una relación con los pobladores, y a plantearse distintos diagnósticos sobre la tarea que se estaba realizando. En principio, según lo reconocían los integrantes de la estación experimental de Famaillá involucrados en el proyecto, la actividad apelaba a uno de los

sentidos originarios de la creación del organismo, fuertemente repetido en la jerga institucional: el trabajo con la “familia rural”. Ahora bien, ¿cuál era el sentido que desde el INTA se otorgaba a esta tarea?

Algunos ejes de trabajo entroncaron con la filosofía promovida desde el Instituto, con prácticas previas, y retomaron los enfoques socio-económicos en boga (fuera y, sobre todo, dentro del INTA) sobre la problemática agropecuaria. En esta línea, dentro de la propuesta elevada por el INTA al Ministerio de Bienestar Social, uno de los objetivos planteados para la cooperativa era que fuera “una empresa eficiente, competitiva, en continua expansión y desarrollo” (INTA, 1967, cit. en Domínguez y Hervás, 1973: 141). En este sentido, después de dos años de iniciada la experiencia, en un informe institucional se destacaba la “falta de sentido económico” y la “falta de sentido administrativo” como resultado de la “persistencia de ciertos elementos originales” (Hervás y Domínguez, 1969: 156). Sintetizando la visión que subyacía en el asesoramiento, y en línea con las premisas vigentes en los estudios socio-económicos de administración rural impulsados por el INTA, afirmaban que “(...) transformarlos en *empresarios eficientes* es el más complicado logro de todos los que pueda fijarse la cooperativa como organismo económico” (Domínguez y Hervás, 1969: 158, énfasis propio). Otro elemento de continuidad retomaba un aspecto que, aunque informal, había pesado fuertemente desde los inicios de la acción del INTA: el contacto con la iglesia católica. En este caso particular, el mismo informe institucional remarcaba dentro de las tareas de promoción comunitaria la de “asistencia espiritual”. Según reseñaban los técnicos del INTA, mientras que en un inicio el cura párroco de Famaillá visitaba la cooperativa, tiempo después, “El doble papel -religioso y axiológico- que una labor pastoral podía llevar a cabo, motivó a solicitar la colaboración del Decanato sacerdotal del departamento de Famaillá” (Domínguez y Hervás, 1969: 180). En el escrito no se explicitaba quién había realizado la gestión (si había sido o no el INTA), pero el resultado fue la recepción de un sacerdote tres días por semana en la cooperativa. “De su tarea pastoral y educativa hablará el tiempo, pero queremos resaltar la importancia que reviste para el medio como *vector de una depurada escala de valores*” (Domínguez y Hervás, 1969: 180, énfasis propio), apuntaba el informe del INTA.

Al mismo tiempo, la tarea planteaba algunos ejes más bien disruptivos o, al menos, novedosos dentro de los contenidos vigentes en la extensión rural. Uno de estos se refería a los interlocutores que debía tener el INTA, y en un sentido más general, las

iniciativas del área agropecuaria. Partiendo de una caracterización de la estructura de tenencia de la tierra del área cañera, se afirmaba que “El minifundista y el pequeño productor” debían ser objeto de una política agraria (Domínguez y Hervás, 1973: 86). Se planteaban las directrices de la tarea de extensión rural señalando que “Circunscribirse a cuestiones relacionadas con las técnicas agropecuarias en forma exclusiva significa autocolocarse vallas”; y definiendo -como proyección y como resultado en relación al trabajo con la cooperativa- “La extensión agropecuaria deja de ser entonces cuestión del productor agrícola o del productor pecuario, para transformarse en un accionar positivo que coloque en términos de vigencia a una gran masa de población rural” (Domínguez y Hervás, 1973: 97). Para argumentar esta orientación, se retomaban los propios fundamentos de creación del INTA, citando del decreto-ley que dictaminara su creación los pasajes correspondientes al ejercicio de la extensión rural como asistencia técnica, educacional y cultural, y como herramienta para mejorar la comunidad (Hervás y Domínguez, 1973).

También se marcaban diferencias en cuanto a una orientación ya arraigada, que señalaba la falta de adopción de la tecnología agropecuaria disponible como efecto del atraso cultural. Al respecto, indicaban que era frecuente encontrar en otros análisis referencias a la “resistencia al cambio”, asociada a “una particular idiosincrasia, irreversible e inmodificable” (Hervás y Domínguez, 1973: 135), y oponían a esta mirada la necesidad de afrontar las condiciones de vida y trabajo, tamaño de los fundos, entre otras variables. En este marco, el trabajo con la cooperativa era planteado como una herramienta para combatir el éxodo rural y como experiencia piloto para otras regiones. Estas tensiones, entre las prácticas tradicionales y la aparición de nuevos enfoques sobre el rol del INTA, tomarían nuevo impulso en los años siguientes. El trabajo con la cooperativa, que desde sus inicios había sido visto con recelo desde algunos sectores de la institución, estaba por convertirse en un frente de batalla.

#### I. II. Los avances de la cooperativa o “un tractor por un antropólogo”

Dentro del equipo de técnicos, fue incorporado un antropólogo, Santiago Bilbao, que pasaría a coordinar el trabajo. Su traspaso a la estación experimental de Famaillá fue arreglado enviando, a su vez, un tractor a la experimental del Chaco, de donde provenía. “Ése era el valor simbólico de un antropólogo en el INTA” (entrevista, 2011), apunta con ironía un investigador del organismo. Bilbao había ingresado al

INTA por concurso y se desempeñaba como investigador, realizando trabajos sobre la zona ganadera chaqueña. A instancias del director nacional del INTA, y habida cuenta de la baja actividad de científicos sociales en la zona, fue recomendado para sumarse al trabajo con Campo de Herrera.

El trabajo de extensión con las familias que integraban el ex ingenio comenzó a ser acompañado por investigaciones que indagaban en la estructura de propiedad tucumana, la caracterización del obrero cañero y el problema del minifundio (Bilbao, 1972). También incluían el estudio de las condiciones de alojamiento, régimen laboral, nivel de desempleo, seguridad social, nivel educativo y estado de salud de la población rural de la zona (Fernández Ulivarri, 1973). Se definió la figura de cooperativa agrícola, basada en el grupo familiar y orientada al mantenimiento de la familia como unidad productiva, como una alternativa necesaria para una región que -según especificaban- concentraba el 60% de los minifundios y el 37% de los asalariados rurales (INTA, 1973).

Para el INTA, el mandato de trabajar para “la familia rural” pesó fuertemente desde sus inicios (Losada, 2005). Sin embargo, lo hizo sin ahondar en definiciones concretas explícitas sobre qué sujetos sociales agrarios quedaban dentro de esta definición. En este marco, el contacto directo con un grupo de familias, pertenecientes a un colectivo que no figuraba dentro de los interlocutores tradicionales del organismo (en tanto no eran estos “productores” sino trabajadores rurales), resultó novedosa y, al mismo tiempo, comenzó a configurar nuevas líneas posibles de intervención. Se fue configurando así una experiencia híbrida de investigación y extensión rural. La práctica extensionista, de contacto directo con los miembros de la cooperativa, era planteada en simultaneidad al estudio de las raíces históricas de la estructura social agraria tucumana, sus efectos presentes y sus posibles proyecciones. En este sentido, el trabajo excedió con creces el “asesoramiento” en función de “bajar” la tecnología disponible y convertir a los ex obreros del ingenio en “empresarios eficientes”, tal como había sido ideado en un principio. Tanto en la forma de operar dentro de la cooperativa, como en los contenidos de las investigaciones que servían de marco al proyecto, se generaron desplazamientos en relación a la orientación tradicional. En el primer eje, comenzaron a impulsarse las deliberaciones en formato asambleario y a situarse las caracterizaciones a partir de ciertas precisiones históricas y culturales. Así, por ejemplo, a diferencia del impulso inicial, se destacaba que dentro de los “valores obreros” la figura de “dueño” estaba asociada a la inexistencia de trabajo de la tierra y a

ausentismo, al tiempo que comenzó a plantearse la necesidad de recuperar la tradición sindical presente en la experiencia de la mayoría de los miembros de la cooperativa (Vessuri, 1977). En el segundo plano, en un extenso documento interno de trabajo dedicado al estudio de las formas productivas de la provincia, se plasmó el estudio del proceso de reclutamiento, estacionalidad y características de los asalariados rurales ocupados en la caña de azúcar. El informe incluía definiciones sobre la explotación familiar, descripciones sobre las organizaciones gremiales existentes, estadísticas sobre el éxodo rural hacia las ciudades capitales de la zona de influencia de la experimental de Famailá, y señalaba a la desocupación y la migración forzada como las principales problemáticas (Bilbao, 1973). Temáticas escasamente exploradas en las agendas de estudios sociales del organismo. De esta forma, la experiencia no era sólo una singularidad en términos de su ubicación y alcance territorial, sino que empezó a serlo también en pos de los enfoques implicados. Mientras que algunas líneas de trabajo que ya estaban presentes en los primeros años de vida de la cooperativa se profundizaron, otras fueron ampliando los alcances de la experiencia y replanteando el sentido que, desde el INTA (o, más bien, desde el equipo de trabajo), tenía.

Junto a la organización de actividades y al asesoramiento en la producción de la cooperativa, comenzaron a organizarse talleres de discusión y formación. Organizados bajo la conducción de Bilbao, estaban destinados a los socios de la cooperativa, quienes asistían computando su participación como horas de trabajo remuneradas. Cooperativismo, participación comunitaria, los cursos apuntaban a problematizar el sentido de la experiencia a partir de sus propios protagonistas. Se apuntaba, entre otros ejes, a discutir “lo que significaba ‘dueño’ y ‘obrero’ tanto para el grupo técnico y el grupo receptor” (Bilbao y Vessuri, 1986: 140), como a través de la nueva organización cooperativa. Quien por entonces oficiaba de jefe de campo, ex compañero de Bilbao en un equipo docente de la Universidad de Tucumán, los consigna como talleres “de formación doctrinaria” (West, 2009: 8). Según Vessuri, el trabajo que se llevaba adelante en la escuela de Campo Herrera, donde Bilbao se encontraba con los socios terminada la jornada de trabajo:

Todo ese trabajo era oficial, estaba organizado por el INTA.  
No se trabajaba en horas de oficina porque la gente estaba en el campo. Tenían el asesoramiento técnico del INTA y el asesoramiento



social del INTA para organizar la cooperativa (Vessuri, entrevista, 2010).

Ése era el ámbito en donde se discutía el trabajo que se estaba realizando y sus implicancias, junto a otros problemas de la comunidad, entre los que destacaba la migración de los hijos ante la falta de trabajo y las posibles estrategias para generar ocupaciones para las generaciones más jóvenes. En una reflexión posterior, Bilbao y Vessuri (1986: 124) destacaban “el proyecto ideológico del equipo técnico” como uno de los elementos relevantes de la experiencia. Para ellos, y sus antiguos compañeros, se trataba de un “experimento” en el que podían probar que para la explotación de las tierras por un número elevado de obreros era preferible la explotación en gran extensión y no la división en parcelas individuales, y que un proceso educacional colectivo que apuntalara el desarrollo comunitario podía realizarse “más eficientemente con un sistema cooperativo que con una sociedad de capital” (Bilbao y Vessuri, 1986: 125).

La experiencia en el territorio también era acompañada por distintos trabajos que analizaban los resultados preliminares y los exponían en distintos encuentros académicos (Bilbao, 1971; 1972; West y Sarraceno, 1974). Esta modalidad era poco frecuente en las actividades de extensión, frecuentemente más disociadas de las tareas de investigación a pesar de las directrices. Más infrecuente aún era que las tareas de extensión del INTA, más bien orientadas al mediano y gran productor, se dirigieran al proletariado rural. Aún cuando la vinculación entre el INTA y la cooperativa radicaba en el hecho de que los ex obreros pasaban a ser pequeños productores, el estudio de las condiciones de trabajo era en sí algo novedoso, así como lo era la articulación sostenida y profundizada con productores de tan baja capitalización.

Sin embargo, al interior del INTA, desde los comienzos existían fuertes resistencias, que estaban por radicalizarse. Por un lado, el sentido político amalgamado a la misión social que para algunos técnicos tenía que tener la labor del INTA trascendía el compromiso institucional. Si bien la “mística” a la que se asociaba la idea de “misión” que le cabía al Instituto en su contacto con la población rural retomaba algunos de los componentes de su propia filosofía original, también se distanciaba con creces de su orientación tradicional<sup>1</sup>. Aún a pesar de que el INTA hiciera una difusión

---

<sup>1</sup> “se veía la mística del INTA en relación a la misión con la que estaban comprometidos algunos de sus técnicos”, afirma Vessuri (2010, entrevista). Esta idea de “misión social” aparece, aún con sentidos diversos, en forma reiterada en los discursos de integrantes y ex integrantes del INTA.

de estas actividades, tanto en el terreno donde se movían los investigadores, técnicos y extensionistas de Famaillá, como en las instancias tomadoras de decisión a nivel nacional, existían cuestionamientos a esta tarea, que los situaban en una posición marginal al interior del organismo.

Para 1973, en plena reconfiguración de las burocracias estatales en general como producto del retorno del peronismo al gobierno luego de casi 18 años, la reorganización de los cuadros institucionales dentro del INTA configuraba un escenario conflictivo. En el marco de otras disputas internas, el accionar del jefe de la estación experimental de Famaillá era motivo de debate. Según planteaba en una de las reuniones de Consejo el director nacional asistente de investigación, criticando su tarea, “La institución está incursionando en problemas que escapan a los fines específicos que determinaron su creación y son más bien de incumbencia del Ministerio de Bienestar Social” (CD INTA, Acta 598, 8-05-1973). A nivel local, los conflictos no eran menores: “el resto de la estación experimental les tenía un odio espantoso. Tenían a su favor que éste era un proyecto del director de la estación experimental”, recuerda Vessuri (entrevista, 2010). Mientras que el trabajo con la cooperativa no era bien recibido por muchos de los integrantes de la estación experimental de Famaillá, la conflictividad social de la región y del país crecía a pasos agigantados.

## II. III. Desmantelamiento y reconversión

En 1974 se organizó una reunión del INTA con jóvenes en Chaco. Uno de los asistentes era el mismo técnico del INTA que había redactado uno de los primeros informes institucionales de la cooperativa. A su regreso, volvió con una advertencia:

El ‘Gordo Domínguez’, que tiempo después fue director de la experimental y trabajaba en Campo Herrera, se enteró que las Tres A denunciaba a esta gente del INTA. Eran Santiago, Hugo West y un agrónomo del INTA, Miguel Sarraceno. Que ellos eran boleta, que los iban a liquidar. Llegó con esa noticia (Vessuri, 2010, entrevista).

Poco tiempo después, el 12 de diciembre de 1974, en tres operativos simultáneos fueron detenidos Bilbao, Sarraceno (ambos del INTA) y Hugo West, por

---

entonces jefe de campo de la cooperativa. Los tres fueron puestos al poco tiempo a disposición del Poder Ejecutivo y permanecieron detenidos alrededor de 8 meses. Mientras que un funcionario del INTA alertó ese mismo día a Bilbao, anunciando que personal del ejército había ido a buscarlo a la estación experimental, Hebe Vessuri señala sobre las detenciones:

A ellos tres [Bilbao, Sarraceno y West] de alguna manera los entregaron. El jefe de campo de la estación experimental de INTA, que había sido padrino de mi hija, el gallego Hervás, fue quien los denunció... el argumento de él era que había que entregar a alguien, que Santiago [Bilbao] tenía más fortaleza moral que otros y que iba a aguantar. Había sido padrino de comunión de mi hija. Éramos muy amigos, hasta que me enteré... Él era informante de los militares, al parecer (Vessuri, 2010, entrevista).

Después de circular por diversos penales, entre los que figuraron Devoto y una cárcel de máxima seguridad en Chaco, fueron liberados y consiguieron exiliarse en Venezuela. Estando ya fuera del país, fueron dejados formalmente cesantes del INTA. Por su parte, el director de la estación experimental de Famaillá fue trasladado a Salta, desde donde continuó asesorando a la distancia a los directivos de la cooperativa.

Una vez producido el golpe militar, la presencia de un destacamento militar permanente en la zona acarreó algunas situaciones de conflicto con integrantes de la cooperativa. No obstante, durante estos años ésta mantuvo su funcionamiento, incluyendo la renovación periódica de sus autoridades mediante la asamblea de socios. El precio fue el aislamiento y la transformación de buena parte del sentido que hasta el momento habían buscado dar a la experiencia. Según uno de sus impulsores, colaborador en su momento del equipo dirigido por Bilbao y aún hoy activo partícipe de la vida de la cooperativa, también fueron suspendidos los proyectos de integración con otras cooperativas, “se cancelaron abruptamente con el Operativo Independencia, en cuyo marco se desmanteló el plantel de técnicos y profesionales que trabajaban y asesoraban a Campo Herrera” (West, 2009: 9). Si bien, mediante contactos mucho más esporádicos e inorgánicos, algo del asesoramiento técnico del INTA se mantuvo, se perdió totalmente el trabajo de discusión y acompañamiento que buscaba instalar el debate y la reflexión sobre el sentido de la experiencia, tanto dentro de la cooperativa como al interior del INTA.

Para entonces, la persecución a las organizaciones de trabajadores y cañeros independientes nucleados en la FOTIA y la Unión de Cañeros Independientes de Tucumán (UCIT) redundó en una fuerte caída del salario, que estuvo acompañada por la caída del precio del azúcar y el creciente aumento inflacionario. Esta situación no tardó en repercutir al interior de Campo de Herrera, que fijaba los “retornos” de acuerdo a la tabla salarial de los trabajadores cañeros permanentes. Según afirma West, quien después del exilio se reincorporó a la cooperativa donde aún hoy permanece, Campo Herrera se vio obligada a “adquirir un perfil de empresa económica capitalista típica, pasando los objetivos sociales y comunitarios a segundo plano, reduciéndolos al mínimo o abandonándolos ocasionalmente” (West, 2009: 10). En el INTA no volverían a gestarse trabajos de investigación ni de acción con un perfil similar.

La trayectoria de esta experiencia no permaneció desligada de las transformaciones más generales por la que atravesó el servicio de extensión del INTA que se ligaron, a su vez, a los cambios experimentados en el espacio rural.

## **II. La transferencia de tecnología para el empresario rural**

En mayo de 1975 el INTA fue intervenido por primera vez en su historia, a través de un decreto del Poder Ejecutivo. En marzo de 1976 se dispuso su intervención militar, bajo la órbita de la Marina. La intervención del INTA iniciada en marzo de 1976 situó algunos puntos prioritarios considerados necesarios para “reorganizar” el accionar del organismo, que fueron recogidos y sintetizados en materiales producidos durante su intervención. Entre los puntos más destacados de la “estrategia” enunciada se encontraba la designación de directores interinos en las unidades experimentales, con el objeto de “implementar un proceso de cambio en la conducción y manejo de las experimentales” (INTA, 1978: 5), la renovación de la conducción de departamentos y centros de investigación y de las 225 agencias de extensión rural, así como la “modificación de los criterios de selección del personal” (INTA, 1978: 6). El área de extensión, vía de contacto directo, fue particularmente reorganizada. Esto era argumentado, según dejaba constancia un informe sobre los primeros dos años de intervención, en función de un funcionamiento deficitario atribuido al área: “En los últimos años el Servicio de Extensión padeció un acentuado déficit en el cumplimiento de funciones de jefes regionales y supervisores de área, lo que se traducía en deterioro de coordinación y control” (INTA, 1978: 11). Este diagnóstico redundó en un notable

incremento de “las funciones de supervisión” (INTA, 1978: 12) sobre los extensionistas, y una fuerte centralización nacional de las actividades de extensión de las distintas regiones.

En 1975, luego de la primera intervención del INTA dispuesta en mayo por el Poder Ejecutivo, el Departamento de Comunicaciones en Extensión Rural había comenzado a editar una revista, destinada a los extensionistas del INTA y de otros organismos. Si bien retomaba una experiencia de publicación anterior, se proponía -según la editorial a cargo del director nacional del INTA ( el ingeniero Spinelli Zinni)- dejar sentados los fundamentos que la extensión iba a tener en “El INTA NUEVO” que se prometía como una “avanzada de la tecnología agropecuaria, al servicio de la Nación y el hombre argentino” (INTA Extensión Rural, 1975: 1, mayúsculas en original). En julio del año siguiente, el director interino del Servicio de Extensión se refería al rol de los extensionistas en el marco de la reorientación en ciernes de las políticas agropecuarias, la revalorización de los granos a escala nacional y el “replanteo en los esquemas productivos”:

Apenas anunciado este *cambio radical de la política agropecuaria*, el extensionista se encontró de pronto en su trabajo ante un panorama nuevo, mucho más permeable y receptivo: *su audiencia comenzó a cambiar* tornándose más numerosa y más interesada (Lemos, 1976: 1).

¿De qué se trataba el cambio? Y, ¿en qué sentido había comenzado a “cambiar la audiencia” de los extensionistas del INTA, fuera de la experiencia de Campo de Herrera? Por entonces, los cambios en las políticas sectoriales acompañaban la intensificación de la producción cerealera, signada por la “modernización agrícola”, cuya contracara incrementaba la polarización social en el medio rural y el éxodo de productores poco capitalizados y trabajadores rurales (Aparicio, 1992; Balsa, 2006). El sector agropecuario pampeano lideró el proceso de concentración local, que estuvo signado por la incorporación de híbridos y nuevas especies que impulsaron un salto en la productividad agrícola (Arceo y Basualdo, 1997). La velocidad del crecimiento de la producción agrícola pampeana, junto al aprovechamiento de la creciente demanda internacional, se nutrió de los avances técnicos y científicos que intensificaron los rendimientos. El gran proceso de concentración y centralización se explicó, en gran parte, por la creciente dependencia de insumos externos, que beneficiaría a las empresas

extranjeras, acentuando las economías de escala de grandes terratenientes. El crecimiento del sector agrícola se evidenció en la evolución del PBI. Entre 1970 y 1976 el porcentaje correspondiente a las actividades agrícolas era de 49,8% y el 45,4% correspondía al sector pecuario, mientras que para 1988 la proporción era de un 62,1% y un 35,1%, respectivamente (Barsky y Gelman, 2001). Para mediados de la década del ochenta, en sintonía con las políticas impuestas desde 1976 y el fuerte deterioro del mercado interno, las economías regionales atravesaban una crisis profunda (Aparicio, 1982; Manzanal y Rofman, 1989; Rofman y Romero, 1997).

En simultáneo, desde el INTA, según afirma una entrevistada, “el trabajo de extensión y de investigación estuvo menos ligado a problemáticas de la comunidad y de los pequeños productores” (investigadora del INTA, entrevista, 15-06-2010). ¿Cuál fue, entonces, el enfoque previsto para la extensión? La entrada masiva de becarios en el área con un “perfil apropiado para la transferencia de tecnología” (Alemany, 2003: 8) produjo un fuerte impacto en las agencias de extensión, y fue la contracara de la depuración inicial que se realizó en el área en el marco de las cesantías dictaminadas por la intervención. En 1979 las autoridades del servicio afirmaban que existía una gran expectativa “con respecto a la acción futura de los técnicos que está capacitando el INTA. El enfoque físico-económico social de la empresa permite abarcar todos los aspectos que influyen y determinan su desarrollo” (Integración. Investigación y Extensión Rural, 1979: 2). Entrevistado para una publicación del INTA en 1982, quien fuera designado jefe regional de extensión en el área de incumbencia de la estación experimental Pergamino mencionaba sobre las implicancias de este “enfoque”:

Mi llegada en el año 1976 coincidió con una serie de cambios que se produjeron en el organismo, y en tal sentido comenzamos un *replanteo de nuestra estrategia de trabajo*, dentro del marco del *proceso de reprogramación encarado por el INTA en todo el país (...)* En el desarrollo de los objetivos de enseñanza se utilizaron las metodologías conocidas pero *se trató de enfatizar la acción con los profesionales de la actividad privada*. Este grupo de técnicos, que es muy numeroso, se convirtió en una de las clientelas a las que dedicamos preferente atención (Baqué en INTA, 1982: 31, énfasis propio).

Esta alusión a la transformación del perfil de los interlocutores de las actividades de extensión del INTA ponía en evidencia la incorporación de un nuevo público, los técnicos del sector privado, como “clientela” a la que se dirigía el instituto. Indirectamente, se dirigía a un destinatario final, las empresas agropecuarias, de las que los técnicos eran meros intermediarios. Esta orientación fue acompañada por otras estrategias de extensión que priorizaron el contacto con productores fuertemente capitalizados, al tiempo que fueron dejando atrás las inserciones comunitarias destinadas a las poblaciones rurales. En este sentido, desde 1977 se intensificaron las experiencias en campos de productores efectuadas por las agencias de extensión rural del INTA. Tratamientos de fertilizantes, introducción de variedades y de diversas prácticas de manejo fueron ensayados en estas propiedades, caracterizadas por su extensión, lo que permitió a esta franja de productores incrementar sus niveles de productividad y rendimiento (INTA, 1978).

Por otro lado, en 1982 el mismo responsable de uno de los principales servicios de extensión del INTA en todo el país señalaba: “Hoy en día prácticamente no quedan técnicos afectados al trabajo con jóvenes” (Baqué en INTA, 1982: 33). Según se proponía, la labor con juventudes, que había sido una de las directrices del INTA desde sus inicios, debía ser canalizada en otras instituciones. En este sentido, según reconstruye un actual investigador, ex extensionista y voluntario en un grupo de colaboradores del INTA dedicado al contacto con jóvenes de la provincia de Buenos Aires:

Con el gobierno militar el trabajo con la familia rural empieza a decaer fuertemente y a perder toda línea conductora. Reconvierten a los asesores de Juventudes en otra cosa, pasan a ser ayudantes técnicos, y se empieza a premiar el trabajo de transferencia tecnológica. Y empieza a separarse, en los hechos, no así en el discurso, el trabajo con el productor rural y su familia (que es el mandato de la ley del INTA). El doble discurso se mantuvo, pero en los hechos no (ex extensionista, entrevista, 09/10/2009).

Esta escisión entre discurso y práctica, vinculada a los objetivos y contenidos de la extensión rural desarrollada por el INTA, es referida también en relación a la organización interna del servicio. Al decir de otro extensionista del instituto: “La

extensión en terreno permanece institucionalmente, pero todas las cabezas que ideaban qué hacer se eliminan totalmente” (ex extensionista, entrevista, 17-07-2011). En relación al impacto regional sobre la extensión, agrega que en la región pampeana la intervención “no afectó tanto como en el NOA o como en ciertos lugares del NEA, pero se sintió mucho más el Golpe para los extensionistas que para los investigadores, aún en esta zona. Porque trabajábamos justamente en lo estructural y no tanto las mejoras técnicas” (ex asesora de Hogar Rural, entrevista, 02-09-2011). Lo que se generó, entonces, fue un divorcio entre el discurso institucional, que continuaba dirigiéndose a “la familia rural” y la práctica de la inserción en territorio del INTA, que fue adquiriendo un perfil empresarial tanto en el mensaje promovido como en su modus operandi.

El rol del extensionista, que al decir de una agrónoma integrante de INTA desde 1969, antes era “el médico clínico local, que estaba asentado en cada pueblo” (técnica de INTA, entrevista, 12/07/2010, énfasis propio), se alejó del contacto directo con las comunidades rurales y sus problemáticas, y fue redefinido drásticamente. Pasó de ser “el agrónomo de terreno” instalado en la comunidad, a ser asesor técnico de terratenientes. La producción de tipo minifundista y las necesidades de los agricultores de subsistencia quedaron fuera de la agenda. Al fines de la década de 1970 ya era frecuente que se pensara al espacio rural en tanto despoblado, por ende “que había menos gente viviendo en el campo y que había que intensificar la productividad” (ex extensionista, entrevista, 9/10/2009). Como señalan los propios investigadores, en el INTA prevaleció una visión de la extensión concebida como asistencia técnica destinada a mejorar el rendimiento de determinados cultivos.

Las mismas retóricas ligadas a la importancia de las actividades socio-culturales, al papel de la juventud rural y la educación cooperativa, continuaban siendo abundantemente mencionadas. En la práctica, muchas de estas instancias se iban modificando, llegando algunas a desaparecer. Buena parte de los “valores” asociados al cooperativismo y al trabajo con juventudes (solidaridad, ayuda mutua, etc.) se articularon crecientemente con una visión de corte empresarial, que bien entroncaría con el nuevo perfil dado a la extensión. El supervisor de Juventudes de la experimental Pergamino señalaba: “Apelar a los valores de la cooperación, al idealismo de los pioneros, la nobleza y humanismo de sus principios no tiene mayor trascendencia si en la práctica no va acompañado de una sólida conciencia del manejo empresarial”. Las acciones “de los pioneros”, entendidos como los fundadores del INTA en general y del



Sistema de Extensión en particular perdían, en esta visión, todo sentido si no se amoldaban a la nueva lógica definida para la extensión y su público. El logro de una “administración eficiente” y de una “conducta empresarial” estaba ahora entre las directrices de los extensionistas.

Como señala Alemany (2003), el nuevo proyecto institucional de extensión se concentró en la transferencia de los paquetes tecnológicos generados por la investigación agropecuaria. En este sentido, mientras que se reforzó un aspecto presente dentro de la extensión tradicional ya desarrollada por el INTA, (la idea de que era necesario cambiar “la mentalidad” del productor), se debilitó otro, los debates y experiencias que ponían en cuestión cuál tenía que ser la orientación del organismo. Campo de Herrera entre ellas.

Si en un origen el enfoque tradicional estuvo asociado a la difusión de la modernidad por vía de las nuevas técnicas, en un agro social y económicamente “atrasado”, esta idea fuerza se inscribió plenamente en la lógica mercantil y en las configuraciones económicas en curso. Este aspecto conservó, al menos en un plano retórico, una justificación cercana al determinismo tecnológico que asociaba linealmente mayor difusión tecnológica, a mayores rendimientos, y a elevación del nivel de vida de la población. El otro aspecto de la extensión, aquel que instaba a un trabajo integral con un fuerte contenido socio-cultural dirigido a diversos sujetos rurales, fue desalentado progresivamente. El decaimiento progresivo de las actividades con jóvenes (principalmente) y mujeres, y de las estrategias de contacto que los acompañaban, fue parte de este proceso. Al mismo tiempo, las disputas que habían surgido a partir de experiencias alternativas, que reforzaban la inserción territorial y comunitaria al tiempo que criticaban sus fundamentos previos en pos de trascender la asistencia y contribuir al replanteo de las condiciones de vida de la población implicada, fueron desestructuradas de raíz.

El nuevo perfil, “de la transferencia y el bombo”, cuyas metodologías serán las “grandes reuniones” y masivas tiradas de “folletos” tendrá su esplendor en la décadas subsiguiente. Así, según apunta una integrante del INTA: “Se van privatizando los propios técnicos del INTA, ‘te asesoro, pero facturo’. Se pierde el rol de lo que era la extensión, que queda como un departamento de publicaciones que recibe los folletos (...)” (investigadora del INTA, entrevista, 12-07-2010).

## **Conclusiones**

A menudo desbordando el cauce institucional y en un marco signado por expectativas de transformación social, la figura del extensionista del INTA se convirtió, en determinadas situaciones, en un vehículo para el replanteo de las condiciones de vida de la población implicada. Mantuvo una vinculación, pese a la histórica disociación entre ambas actividades, con los debates que por entonces cruzaban a la investigación agropecuaria. En este sentido, durante la década de 1970, la visión de cuño culturalista y la vigencia del enfoque estructuralista fueron reorientados bajo otras estrategias de extensión que priorizaron nuevas formas de contacto con la población rural. También tuvo un lugar la disputa en torno a para qué y para quién, conectada a otros debates sobre la realidad latinoamericana. Su desarrollo no fue lineal ni, mucho menos, homogéneo. Encontró resistencias internas y externas, limitaciones asociadas a los vaivenes de la coyuntura nacional y a los marcos de acción posible dentro de las políticas planteadas, también en debate, para el agro.

La intervención militar iniciada con la dictadura afectó la orientación de la actividad. La reorganización de sus funciones implicó el descabezamiento de parte de sus directivos, cesantías y reubicación extensionistas, el abandono del trabajo con las juventudes rurales y la interrupción de la única actividad del organismo dirigida a trabajadores rurales, Campo de Herrera.

Se promovió un perfil de la extensión dedicado a la promoción de tecnología entre agricultores de nivel empresarial, que transformó su inserción territorial y apuntaló las orientaciones pre-existentcias de asistencia técnica que no implicaban un debate en torno a problemas nodales del sector, tales como el acceso a la tierra. Esta realineación fue simultánea a las profundas transformaciones del espacio rural que, alineadas con los cambios económicos y socio-políticos significativos del período, se caracterizaron por un constante incremento de la emigración rural a nivel local y regional (Katz, 2012)

En 1984, con la restauración democrática, algunos técnicos retomaron el contacto con la cooperativa Campo de Herrera. Sin embargo, al igual que otros que habían sido dejados cesantes en los años previos al golpe de estado, no se vieron alcanzados por la posibilidad de reincorporación que sí alcanzó a aquellos que habían sido dejados cesantes entre 1976 y 1983.

Luego de solicitar sin éxito su reinscripción en el INTA en 1985, Bilbao continuó realizando investigaciones orientadas al estudio de organizaciones campesinas en Venezuela. En 1988, a contra mano de los enfoques que primarían, más bien cercanos a

los informes estadísticos y a la econometría, una investigadora propuso al asociativismo rural como una tecnología que precisaba ser estudiada. Reflejados los resultados en un artículo, uno de los casos tomados fue Campo Herrera (Tort y Lombardo, 1983). Según recuerda una de las autoras del informe, para 1988 los miembros de la cooperativa “habían entrado con todo el enfoque productivista, de la competitividad y era un desastre” (Tort, entrevista, 2010). Buscando realizar entrevistas a protagonistas de la experiencia, las dos investigadoras se contactaron con el ex director de la estación experimental de Famaillá. “Cuando hicimos este trabajo en el ’88, no le reconocían su trabajo como científico para jubilarse, lo hicieron un paria total” (Tort, entrevista, 10-05- 2010), afirma la misma investigadora. La trayectoria de la cooperativa no era un caso aislado. Una memoria técnica de la estación experimental de Famaillá sintetizaba, en 1983, una situación que era común para el conjunto del sector y en particular para las economías regionales: “La descapitalización de los productores, el desaliento y la quiebra financiera hicieron que solamente las empresas de mediana y gran magnitud recurrieran a la consulta y aplicación de tecnología” (INTA, 1983).

La afirmación describía acertadamente la consolidación de un público, minoritario y concentrado, como principal usufructuario de las tareas del organismo.

### **Bibliografía**

Aleman, C. (2003). Apuntes para la construcción de los períodos históricos de la Extensión Rural del INTA. En G. Cimadevilla y R. Thornton (Eds.) *La Extensión Rural en debate: concepciones, retrospectivas, cambios y estrategias para el Mercosur* (pp.137-171). Buenos aires: Ediciones INTA.

Aparicio, S. (1982, diciembre). *Evidencias e interrogantes acerca de las transformaciones sociales en la zona extra-pampeana*. Ponencia presentada en las III Jornadas de Actualización, ILEA, Buenos Aires, Argentina.

Arceo, N y Basualdo, E. M. (1997). El impuesto inmobiliario rural en la provincia de Buenos Aires: del Modelo Agroexportador a la valorización financiera. *Realidad Económica*, 149, 69-99.

Balsa, J. (2006). Los sujetos sociales de la expansión agrícola en las décadas de 1970 y 1980. Balsa, J. (2006) *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense. 1937-1988* (pp. 133-161). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

- Basualdo, E. (1996). Los grupos de sociedades en el agro pampeano. *Desarrollo Económico*, 36 (143), 807-828.
- Barsky, O., Gelman, J. (2001). *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires: Mondadori.
- Delich, F. (1970). *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*. Buenos Aires: Signos.
- Franco, M. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- Gárgano, C. (2011). Ciencia, tecnología y dictadura: la reorganización de las agendas de investigación y extensión del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) durante la última dictadura militar argentina (1976-1983). *Realidad Económica*, 258, 120- 149.
- Gárgano, C. (2013). Ciencia y dictadura: producción pública y apropiación privada de conocimiento científico-tecnológico. Dinámicas de cooptación y transferencia en el ámbito del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) durante la última dictadura cívico-militar argentina (1976-1983). *Crítica y Emancipación. Revista latinoamericana de Ciencias Sociales*, 10, 131-170.
- Gárgano, C. (2014a). *Ciencia, tecnología y dictadura: producción de conocimiento e intervención militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria argentino (1973-1976)*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Gárgano, C (2014b). Experimentación científica, genética aviar y dictadura militar en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1956-1976). *Mundo Agrario*.
- Paz, R. (1989). *Enfoques teóricos, modelos de desarrollos y prácticas de extensión*. Informe de CONICET.
- Pucci, R (2007). *Historia de la destrucción de una provincia, Tucumán 1966*. Buenos Aires: Pago Chico.
- Manzanal, M. y Rofman, A. (1989). *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Rofman, A. y Romero, L. (1997). *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Spivak, A. y Gárgano, C. (2014). Las trayectorias de CNEA e INTA durante la última dictadura cívico-militar argentina: una revisión de sus memorias en disputa. En Kreimer, P., y Arellano, A. (comps.) *Perspectivas latinoamericanas en el estudio social de la ciencia, la tecnología y el conocimiento*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Manzanal y Rofman, 1989

Tort, M. I. y Lombardo, P. (1993). *Las cooperativas de trabajo agropecuario en Argentina*. Buenos Aires: INTA.

West, H. (2009). Campo de Herrera. Tucumán, Argentina. Un pueblo cooperativo para el desarrollo rural y la economía social (1967-2009). Manuscrito inédito. 23p.

West, H. (1989) La vigencia de Campo de Herrera. Primeras Jornadas Regionales sobre Desarrollo Rural, IPERDERNOA-UNT, Tucumán.

Zalazar, R. D. (1988). *Aportes a la estructura poblacional de Campo de Herrera*. Tucumán: Centro de Investigaciones Sociológicas, UNT.

Fuentes:

Bilbao, S. (1971). *Capacitación y organización de las cooperativas de trabajo agrícolas de la provincia de Tucumán*. Famaillá: EEA INTA Famaillá. (Circulación interna).

Bilbao, S. (1972). *Investigación sociocultural en una cooperativa agropecuaria de trabajo*, informe interno. Famaillá: INTA.

Bilbao, S. (1973). *Formas productivas de la provincia de Tucumán*. Documento interno de trabajo, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.

Bilbao, S. y Vessuri, H. (1986). La experiencia rural de Campo Herrera. En Iturraspe, F. (Ed.) *Participación, cogestión y autogestión en América Latina*. Caracas: Nueva Sociedad.

Fernández de Ulivarri, R. (1973). Proyecto de asentamiento con asalariados agrícolas y trabajo comunitario de la tierra en Tucumán, República Argentina. Seminario Internacional Desarrollos en las Estructuras Agrarias de América Latina. 19 noviembre, 1 diciembre, Berlín, Alemania.

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1978). *Dos años de labor*. Buenos Aires: Ediciones INTA [informe de los primeros dos años de intervención militar].

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (1983). *Memoria técnica de la Estación Experimental Famaillá*. Famaillá: Ediciones INTA.

Vessuri, H. M. C. (1974). *El obrero del surco tucumano. Ocupación y estratificación social en la finca cañera*. Departamento Socio-económico, Facultad de Agronomía y Zootecnia, Universidad Nacional de Tucumán.

Vessuri, H. (1977). Procesos de transición en comunidades de obreros rurales y articulación social. En Hermitte, E. y Bartolomé, L. (comps.) *Procesos de articulación social*. Buenos Aires: CLACSO- Amorrortu.

West, H. y Sarraceno, M. (1974) Cooperativa Trabajadores Unidos Ltda. Campo de Herrera, una experiencia de desarrollo rural en Tucumán, Argentina. V Reunión Interamericana de Ejecutivos de Reforma Agraria. IICA. Asunción, Paraguay.

#### Entrevistas:

Hugo West, Cooperativa Agropecuaria de Trabajo Campo Herrera, Famaillá, Tucumán, 21/09/2010.

Hebe Vessuri, Buenos Aires., 30/07/2010 y 13-04-2011.

Ex jefe de agencia de extensión rural INTA Pergamino, Paraná, 28/10/2011.

Extensionista del INTA desde 1978. Río Cuarto, mayo, 2013.

Técnico de la Estación Experimental Agronómica Famaillá desde 1972. Famaillá, 20/09/ 2010.

Integrante de la Cooperativa Agropecuaria de Trabajo, “Campo de Herrera”. San Miguel de Tucumán, 21/09/2010.

Productor de la Cooperativa Agropecuaria de Trabajo, “Campo de Herrera”. Famaillá, 21/09/ 2010.

Sociólogo, especialista en desarrollo rural, investigador del INTA desde 1982. Buenos Aires, INTA Central, 17/08/2010.

Entrevista a técnicos e investigadores del IPAF NOA. Maimará (Jujuy), 17/09/2010.